



Luz Letts

Piezas de noche



emecé cruz del sur



Luz Letts

Piezas de noche



emecé
cruz del sur

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

Piezas de noche

© 2022, Luz Letts

Imagen de portada: *Descabellada*, Luz Letts

Corrección de estilo: María Fernanda Méndez y Sue Ellen Gora

Diseño de portada: Susana Tejada López

Diseño de interiores: Departamento de Diseño de Planeta Perú

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial Emecé Cruz del sur

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704

Magdalena del Mar, Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: mayo de 2022

Tiraje: 700 ejemplares

ISBN: 978-612-4398-13-1

Dépósito Legal N.º 2022-04433

Impreso en QUAD/GRAPHICS PERU S. R. L.

Av. Los Frutales N.º 344, Ate-Vitarte, Lima 3, Perú

Lima – Perú, mayo de 2022

Para Elisa, Alina, Martín y Eduardo.

El Comepies

Subí por las escaleras y vi la mano peluda aparecer sobre la pared. Era inmensa. Una sombra de dedos largos y articulados que bailaban. Se abrían y cerraban como los tentáculos de un pulpo oscuro. Paré en seco. Sabía quién era, sabía que quería asustarme, pero igual no podía seguir subiendo. Mis zapatos eran dos yunques pegados a los escalones. Empecé a oír mi respiración como una marea que iba agitándose. Tiesa y muda, pedí que Adrián apareciera para ayudarme. No vino, pero su voz me susurró al oído. Sabes que no es la mano verdadera, me dijo, sabes que le encanta asustarte. Sus palabras me tranquilizaron. Me dieron valor. Subí los escalones que faltaban para llegar al segundo piso. En el espejo, sobre la mesita con la imagen de santa Ana, vi su reflejo. Movía una linterna proyectando luz detrás de su otra mano blanca y velluda.

Las tardes en la casa de mis abuelos se estiran como chicles. El ómnibus del colegio me deja ahí, en Miraflores. Yo vivo con mis padres en Villa, un balneario al sur de Lima, donde el mar tiene mal genio. A veces, se mete dentro de las casas, desordena los muebles, oxida los aparatos eléctricos.

Somos Adrián, el Comepies y yo solos en la casa. También está Eulalia, la empleada, pero ella sube a la azotea por las tardes. Ahí queda la lavandería y su pequeño dormitorio sin cortina. Su baño está abajo en el garaje. Es minúsculo y la ventana tampoco tiene cortina. Me da frío imaginar que baja tres pisos por una escalera empinada para hacer pila por las noches. La veo envuelta en su chal, que ella misma ha tejido, tratando de que no se le abra. Baja ajustando sus ojos para ver en la penumbra los pequeños escalones. El viento húmedo y frío le desordena su pelo. No digas idioteces, me dice el Comepies, ni que fuera cojuda. Eulalia usa bacinica.

Mis abuelos salen por las tardes. Visitan a sus hermanos, van a tomar un café o a ver una película de matiné; quizá, a una misa de difuntos o a un cumpleaños. Reniegan porque no me pueden llevar. Mis papás se molestan cuando pasan por mí y no me encuentran. El Comepies tampoco los acompaña por más que le insistan. No es muy sociable, me explica mi abuela. Es que es un intelectual. Le gusta mucho leer, por eso le permito que se disfrace si le da la gana. Si no tiene amigos, al menos que juegue con su imaginación. Yo asiento y sonrío. Presto mucha atención por si suena la bocina, entonces recojo mi mochila y salgo corriendo.

El Comepies es su apodo, solo lo usamos Adrián y yo. Se llama Ernesto y es primo de mi mamá. Sus padres murieron en un accidente de avión y quedó huérfano. La selva se los comió, cuenta mi mamá. No,

hijita, le corrige mi abuelo. Fue el mar, no te confundas con el otro accidente. Tienes razón, fue el mar; mira a su primo Ernesto con ternura. El Comepies es mucho menor que mi mamá y sus hermanos. La diferencia de edad lo convirtió en su mascota, en un extraño accesorio que llegó a sus vidas demasiado tarde. Ellos ya habían reemplazado el fútbol o la bicicleta por emborracharse, enamorarse o acabar en alguna comisaría. Fueron casándose y yéndose. El pequeño Ernesto se convirtió en un joven esquivo y bastante raro, hasta que llegué yo. Como la secundaria de mi colegio queda al otro extremo de Lima, en esa casa espero a que me recojan mis padres. Así yo me convertí en su mascota.

Varado, en la soledad de la casa de mis abuelos, el Comepies se dedica a sus vicios. Pobrecito, déjalo que juegue, dice mi abuela. ¿Qué tiene de malo que use esos colmillos de plástico? ¿Qué bigotes se habrá pintado hoy? ¿Los de Hitler o los de Chaplin? ¿En qué te fastidia que repita el postre? Está bastante grandecito para seguir jugando, piensa mi abuelo. Y bastante gordo para no dejar tranquilo el refrigerador. Luego reflexiona, se acuerda de que es huérfano, de que no tiene amigos, de que pronto terminará su carrera de Derecho y se irá, como todos. Emite un mmmm..., tienes razón. Luego retoma la lectura de su periódico. No grita. No imparte cocachos ni vocifera sermones con palabrotas paralizantes, como hacía cuando mi mamá y sus hermanos, mis tíos, eran chicos. No, el abuelo sigue

leyendo, mientras el Comepies mastica su Sublime y sacude su capa.

No me gusta cuando el Comepies hace que aparezca la mano peluda y me persiga. Me molesta que me asuste un juego de mago. ¿Acaso no sé que él la proyecta con una vela o una linterna? Mil veces peor es cuando esa mano negra que trepa por las paredes aparece sin que nadie la proyecte. Sucede en las noches, cuando nos quedamos a dormir porque mis papás tienen una fiesta. Es que no les gusta dejarme sola con Orfina frente al mar embravecido. Orfina es la hermana de Eulalia, y el primer mar que conoció cuando llegó a Lima desde Huánuco fue el de Villa. Ese mar que ruge molesto y que, seguro, igual que los sermones de mi abuelo, vuelve de piedra todos los deseos.

Puedo escuchar una voz ronca chocando contra las paredes del dormitorio. Percibo su aliento caliente con olor a leña ardiendo. La siento. La casa está a oscuras, solo una pequeña lámpara ilumina a santa Ana y a la virgen en el segundo piso. La luz de los postes entra por las persianas. Sobre el techo se proyectan las rayas iluminadas y forman una inmensa hoja de cuaderno. Trato de imaginar que escribo sobre ese papel gigante encima de nosotros. Con mi dedo voy delineando para Adrián una «t», después una «e» y sigo hasta formar «tengo miedo». Él me susurra al oído: no te preocupes, yo me encargo.

Desde el cuarto de la televisión llegan las voces de la novela que siguen mis abuelos por la noche.

Ni los comerciales ni los llantos de la protagonista opacan el ruido que se arrastra por nuestro dormitorio. Es la verdadera mano, le digo a Adrián. Está entrando.

Shhh, Adrián me hace un gesto con el dedo. Yo quiero gritar, pero me agunto. Él se incorpora sobre la cama y levanta sus manos centelleantes como queriendo tocar el techo. El cuarto se ha oscurecido, la luz de la calle ya no se proyecta sobre el techo. La sombra ha subido y las largas figuras de sus dedos se empiezan a notar. Se estiran, se retuercen. Crecen formando caras en vez de conejos, ojos enormes en vez de tijeras, dientes puntiagudos que se afilan y extienden. Quiero gritar, pero, shhh. Adrián vuelve a hacer el gesto para que me calle. Lo veo estirarse luminoso. Sus manos casi llegan al techo. Todo él ha crecido y se estira largo como un faro. Cuando su mano toca el techo, la sombra desaparece. Corre como un animal herido. En ese instante, la luz de la calle vuelve a iluminar la hoja de cuaderno sobre nosotros. Grito. Grito muy fuerte. Antes de que pueda esconderme bajo las sábanas, mis abuelos entran asustados al cuarto.

¿Otra vez con pesadillas?, pregunta mi abuelo. Fue de las fuertes esta vez, comenta mi abuela. Está temblando, mejor dale una pastilla, agrega mi abuelo. Sí, una pastilla, y rezamos un rosario juntas, sonrío mi abuela.

Al Comepies le gusta que lo ayude a oficiiar la misa. Yo hago de monaguilla. Él prefiere las misas en latín. Canta los versos de espaldas a mí y de cara al inmenso cuadro del Corazón de Jesús que cuelga al costado del televisor, sobre la consola de las fotos. Yo solo sé repetir *ora pro nobis*. Junto con Adrián, canto el amééééén largo y sonoro después de recibir el trozo de pan que saca de la copa de cristal a la hora de la comunión. El Comepies usa una bufanda de seda que cuelga a cada costado de su barriga. Se coloca un rosario como collar, besa su crucifijo, se arrodilla frente al Corazón de Jesús para consagrar los pedazos de pan dentro de la copa, y la eleva hasta la altura del corazón sangrante. No nos gusta cuando hace un cucurucho con el papel periódico y se lo pone en la cabeza, porque la misa se vuelve más larga y aburrida. Él ya sabe: si quiere jugar al cardenal, no participamos.

Nosotros preferimos jugar a los vampiros. El Comepies es un gran vampiro. Tiene la capa, la camisa, el pantalón, los colmillos y, sobre todo, el maquillaje. Se sienta en el tocador de la abuela (Adrián y yo, a cada lado sobre un banco alargado), y empieza su clase maestra. Se esparce vaselina sobre la cara y luego la cubre con talco. Tose, pero continúa. Con el lápiz negro se dibuja unas cejas que parecen los cuernos de un reno. Van desde su entrecejo y crecen sobre su frente en dirección a las entradas del pelo que ha aplanado con gel. Con el mismo lápiz resalta sus ojos, y con su dedo índice difumina la línea negra para acentuar las ojeras.

Después de la clase empieza el ritual. Nos persigue por toda la casa. Me persigue. Es divertido al principio. Con Adrián he descubierto todos los rincones posibles. Encontramos una puerta pequeña, como en los cuentos de hadas, que nadie conoce. Está detrás de la mesa del teléfono. La vi cuando Eulalia la abrió para guardar los adornos de Navidad. Es un pequeño clóset debajo de la escalera. Huele a humedad y las ramas del árbol pican. Es el mejor lugar, pero no lo usamos. A mí me da miedo que alguien empuje la mesa del teléfono y ya no podamos salir jamás.

El Comepies no puede ver a Adrián, pero sabe que no se ha ido. Dice que conversa con él cuando juega a la *ouija*. Adrián se ríe porque no es cierto; le hace muecas, lo imita; yo también me río y no lo desmiento. Debajo de la escalera de servicio hay otro clóset enano. Ese no está oculto porque ahí se deposita la basura. También en el garaje hay otro lleno de periódicos y botellas vacías, y otro más al final de un corredor lleno de enredaderas oscuras. Ese está lleno de arañas.

Corro como loca porque no quiero que me clave los colmillos de plástico en el cuello. La sangre joven es la más sabrosa, grita. No temas, es solo un piquito. No te dolerá. Será como dormir... para siempre.

Esquiva las sillas, los sillones y la mesa del comedor para alcanzarme. Felizmente, soy más rápida, subo las escaleras hasta la azotea sin cansarme. Ahí me escondo detrás de los tanques de agua sucios,

llenos de caca de paloma. En cuclillas, calmo mi respiración. No me gusta subir a la azotea, pero es necesario. El Comepies desiste a mitad del último tramo. Es gordo, se agita rápido y su atuendo le juega en contra.

Parado a mitad de la escalera, grita. Una mano sobre su pecho trata de calmar el galope de su corazón. La otra mano la apoya contra la pared para mantener el equilibrio. Sus cachetes se ponen rojos como dos lomos crudos y sus ojos verdes se encogen dentro de sus párpados hinchados. Será mejor que bajes, me amenaza. En cualquier momento suena la bocina, y ya sabes cómo se molesta tu papá cuando lo haces esperar. Esta vez no quiero tu cuello, esta vez quiero tus pies.

Una estúpida sonrisa se dibuja en mi cara y me arrepiento de sentir alivio. Sé que no tengo alternativa. Bajo los escalones sin sentimientos. Los he dejado arriba, tirados junto a las cacas de paloma y los cordeles vacíos. Siento dolor en el estómago al verlo sonreír triunfante.

Me jala de la chompa hasta su dormitorio. Me quito los zapatos de pasador y las medias grises del uniforme escolar, me siento y subo los pies descalzos a la cama. Antes de que empiece a lamerlos, los recojo y me paro sobre el colchón. Tengo frío, tengo frío, le grito; mejor, con los pies no. El cuello, entonces, me exige. No, no, lo otro. Negocio. El saludo, prefiero el saludo, le ruego. Me mira con desilusión. Pensé que no te gustaba el saludo.

Salimos de la habitación en silencio y bajamos hasta el descanso de la escalera. Nos paramos frente al gran espejo y al unísono hacemos el saludo: ¡*Heil* Hitler!, grita el Comepies. *Heil* Hitler, susurramos nosotros. Todos estiramos nuestros brazos derechos en perfecta diagonal. Nos dibujamos en el espejo: un Drácula nazi regordete y yo. De reojo le sonrío a Adrián. Él nunca se refleja en los espejos.